

## Una cultura inacabada, o la diarrea tiene sus historias

NORBERTO TREVIÑO-GARCÍA MANZO\*

La diarrea aguda es un padecimiento que afecta a los mexicanos desde hace mucho tiempo. Siempre ha ocupado los primeros lugares como causa de enfermedad y muerte. Para Fray Bernardino de Sahagún, Martín de la Cruz y Juan Badiano, las enfermedades más frecuentes entre los nahuas eran las gastrointestinales<sup>1</sup> y aún ahora, en 1989, representan la segunda causa de morbilidad,<sup>2</sup> y la primera de mortalidad en niños menores de cinco años.

El descubrimiento de los microbios y su terapéutica no ha sido suficiente para terminar con ellas. Desde hace mucho, es consenso universal que su prevención se relaciona con el saneamiento, la educación en salud, y el mejoramiento general de las condiciones de vida. Ya en 1911, el doctor Francisco Bulnes publicó la siguiente aseveración: "México, desde el punto de vista de la ciencia que trata de evitar las enfermedades, sin el desagüe, no vale nada; con él y el aumento de agua potable será la primera ciudad del Nuevo Mundo".<sup>3</sup>

Sin embargo, en un estudio realizado por Gonzalo Gutiérrez y colaboradores<sup>4</sup> en dos clínicas de medicina familiar del IMSS en el Distrito federal, encontraron de mayo a diciembre de 1987, 806 casos de diarrea aguda. Esta demanda ocurrió a pesar de que 94.7 por ciento de las viviendas tenían piso de madera, mosaico o cemento; que 60.8 por ciento disponía de agua potable intradomiciliaria y 37.8 por ciento extradomiciliaria; que 90 por ciento disponía de drenaje y 9.8 por ciento de fosa séptica, con una convivencia de 3.5 personas o menos por habitación. Nótese que a pesar de disponer de agua potable, drenaje y una sanidad aceptable, hay diarrea.

Son muchas las historias que sobre este problema se han escrito: su causa y tratamiento específicos; su diagnóstico y manejo adecuados; su relación con el saneamiento, la

educación en salud y el mejoramiento de las condiciones de vida; su epidemiología y otras aún más especializadas, como la biología íntima de sus agentes etiológicos y las historias inmunológica, genética y bioquímica. Ahora voy a contar otra historia y para ello principio con una pregunta: ¿por qué los mexicanos aún seguimos padeciendo enfermedades diarreicas con tanta frecuencia y gravedad?

Desde este momento confieso: no sé por qué pero lo que sí sé es que para saberlo no basta con conocer sus aspectos científicos más relevantes. Como no basta que las condiciones higiénicas, sociales y económicas sean adecuadas. Seguramente faltan otras verdades que colaboran, para contestar pregunta tan difícil. Verdades que no vienen a mi mente, pero que deben existir y que únicamente están en espera de que alguien las saque de la habitación que contiene los cachivaches que conforman la verdad toda. Verdad, que como dijo Justo Sierra, no está hecha, no es cosa dada; se encuentra repartida en las verdades particulares de cada ciencia.

Jorge Cuesta dijo en una ocasión: "México es un país que se ha hecho a sí mismo y por lo tanto carece de pasado. Mejor dicho -aclara Cuesta-, México se ha hecho contra su pasado, contra dos localismos, dos inercias y dos casticismos: el indio y el español". Estoy de acuerdo con él y para mi escrito he tomado en cuenta los dos localismos, las dos inercias, que ojalá no me hagan caer en una "zona neutra de vacío, que se produce al choque de las tendencias opuestas".<sup>5</sup>

Nosotros los mexicanos, aún ahora a once años del siglo XXI, seguimos "viviendo nuestra historia sin concebir las dimensiones precisas de nuestra realidad", según palabras de Antonio Caso. Hay verdades mayores o primarias, que son la esencia, el ser de los pueblos; o dicho de otra manera, son las dimensiones precisas de su realidad. Y hay verdades menores o secundarias, que sólo son su modo de ser. Un modo de ser muy nuestro es la presencia de la diarrea aguda en la vida diaria. Es obvio que no nos

Presentada en sesión solemne de recepción de académicos, el 28 de junio de 1989.

\* Expresidente de la Academia Nacional de Medicina. Director General de los Servicios Médicos del Departamento del Distrito Federal.

acercamos a una mejor contestación de la pregunta: ¿por qué seguimos padeciendo enfermedades diarreicas con tanta frecuencia y gravedad?, si únicamente decimos que se debe a que hemos soportado una larga cauda de malos gobernantes; que somos un pueblo inculto y que las seguiremos padeciendo en tanto no mejoren las condiciones sanitarias, de vida y de educación. Así no podremos acercarnos a la respuesta correcta, porque tales aseveraciones son verdades secundarias o menores que no van al fondo del asunto. Con la ayuda de la historia y la filosofía trataré de precisar algunas dimensiones de nuestra realidad que según mi parecer tienen que ver con la persistencia de las diarreas.

Cualquier contacto con el pueblo mexicano, así sea fugaz, muestra que bajo las formas occidentales laten todavía las antiguas creencias y costumbres precolombinas.<sup>6</sup> Por tanto es importante revisar someramente cuál era la actitud de los indígenas en relación con su salud, cuál era su concepto de enfermedad y cómo manejaban su salud pública.

Entre los nahuas, la vida normal del hombre no era concebida sin la intervención de los seres sobrenaturales; intervención fundamentada por el manejo del tiempo. Creían, religiosamente, en tres tiempos:

El primero se refería al tiempo de la existencia intrasendente de los dioses. La paz de este tiempo fue interrumpida por el segundo, el tiempo del mito, el de las creaciones, en donde se fue dando origen a los seres sobrenaturales que estarían en contacto con los hombres. Las creaciones darían lugar al tiempo tercero, el de los hombres. El tiempo segundo, el del mito, no concluyó al aparecer el tiempo del hombre. El tiempo del mito siguió vigente, lejos de la morada del hombre, pero determinando con sus turnos de dominio sobre la tierra, lo que en el tercer tiempo, o del hombre, acontecía. Al coincidir un momento del tiempo humano con uno de los momentos siempre presentes del tiempo mítico, necesariamente el tiempo del hombre recibía la impronta del mundo de los dioses, del mundo habitado por los seres sobrenaturales. Pero además, la intervención de estos seres no podría esperarse sin una comunicación con los hombres a través del rito. Los rituales más importantes eran, por otra parte, actividades necesariamente colectivas.

Por ello, el individuo náhuatl se sentía verdadera y prácticamente imposibilitado para desligar sus intereses personales de los de su grupo, puesto que tal hecho lo haría caer de inmediato en el desamparo frente a las terribles fuerzas divinas. Para llevar a cabo esta actividad colectiva, los antiguos indígenas convivían en el *calpulli*, en donde la vida, la salud y la actividad reproductiva de sus miembros dependían casi totalmente del *Calpoteótl*, su dios tutelar. Bastaba que el hombre abandonara la compañía de sus semejantes para que cayera en un terreno en el que la acción de la sobrenaturaleza era demasiado intensa. En todos los sitios existían seres agresivos y ésto a veces les favorecía, ya que para los nahuas los rincones malolientes en donde la gente defecaba eran peligrosos.<sup>7</sup>

Por otro lado, aunque no disponían de drenaje, en los lugares públicos y en algunas casas existían letrinas ocultas que las mantenían limpias y sin mal olor. Bernal Díaz del Castillo describió los *axixcalli*, que eran pequeñas privadas a los lados de los caminos, a las cuales acudía el necesitado viandante para purgar el vientre.

Sin embargo, y no obstante que una parte muy importante del complejo salud-enfermedad se movía para los nahuas en una atmósfera de sobrenaturalidad, un amplio sector de enfermedades y terapéuticas fue concebido y practicado dentro de conceptos exclusivamente naturales como el conocimiento y el cultivo de la herbolaria; el conocimiento de ciertos usos curativos de animales y minerales; la nomenclatura de las distintas partes del cuerpo humano y una clara distinción entre el "médico verdadero" y el "médico falso".<sup>8</sup> Para los nahuas, la creencia en una voluntad divina como la generadora de enfermedad o muerte y la importante participación de los seres sobrenaturales en los accidentes de salud, no excluía la búsqueda de una etiología fundada en la observación del funcionamiento de la actividad normal del organismo.<sup>9</sup> Existen testimonios de Fray Toribio de Benavente y Fray Juan de Torquemada que nos aseguran que entre los nahuas las condiciones higiénicas eran favorecidas por la práctica del baño ritual o por hábito, y además porque mantenían las calles limpias y barridas, y cuando era mucha la basura la incineraban. Otros, como Fray Jerónimo de Mendieta decían, sin embargo, que los baños rituales en los temazcales, por ser colectivos, les "inflamaban la sangre" y les hacía "morir infinitos por todas partes".

Aun cuando las razas indígenas, al fundar y establecer sus ciudades, lo primero que buscaban era dotarlas de aguas dulces y potables, y además cuidaban el sistema eferente con que llevaban sus desechos a las atarjeas y canales que costean sus calles,<sup>10</sup> una buena parte de las aguas no potables estaban estancadas y en ellas existía importante polución y contaminación por excretas.

A estas alturas de mi historia puedo decir que los indígenas del altiplano mexicano, antes de la llegada de los conquistadores, se preocupaban por el manejo correcto de sus excretas, buscaban la mejor manera de hacerse llegar el agua potable, "vivían en habitaciones (aun los más pobres) que no dejaban nada que desear desde el punto de vista higiénico, y el aseo personal era algo común y corriente".<sup>11</sup> Pero también tenían muchas deficiencias; su agua potable se contaminaba fácilmente y enfermaban mucho de padecimientos gastrointestinales. Cuando así ocurría y no tenían para ello una explicación clara, pensaban que se debía a una "agresión de Cuitláhuac que castigaba a los hombres con las enfermedades chinamperas: la tos seca, la tos aguda, el romadizo y sobre todo las diarreas y las evacuaciones sanguinolentas; o si no, podía deberse a pecado, imprudencia o virtud excesiva; o también a una acción de Tláloc, que era quien enviaba las enfermedades por contagio".

Los nahuas concebían su propia naturaleza como una composición inestable, cuyo ideal era el perfecto equilibrio.

Salud y enfermedad, tranquilidad e intranquilidad, armonía y desarmonía personal y familiar, cumplimiento e incumplimiento de sus obligaciones, cordura e insania, eran para ellos pares de estados correlativos que no podían existir el uno sin el otro. El individuo se esforzaba por mantenerse en armonía con el cosmos; al perderla caía en anormalidad, en la enfermedad y el sufrimiento. Luchaban por mantener ese equilibrio pero entre las armas que tenían para hacerlo no estaba la fuerza creadora de la lógica formal. Por el tiempo de la Conquista, el indígena vivía la indecisa etapa que linda entre el pensamiento prelógico y el pensamiento lógico, generador del verdadero conocimiento. El mexicano del siglo XVI vivía sumergido en el mundo de lo mágico y el concepto de lo sagrado. Sus dioses eran invocados para finalidades inmediatas pero también con un sentido trascendente, avizor del más allá. Los dioses hacen las lluvias, salvan las cosechas, evitan o dan las pestes y las enfermedades y el hombre indígena espera, resignado, a que ellos dicten la última palabra.

El español, en cambio, tiene una religión a la que únicamente le pide auxilio, auxilio que no es trascendente, sino dado por añadidura. Se evidencia así el largo tramo que media entre el mundo luminoso, pero mágicamente indiferenciado en el que querían, pensaban y sentían los pobladores del altiplano, y la vida conceptual, ya rigurosamente lógica, de sus contemporáneos españoles. Si además agregamos que antes de la conquista los indígenas eran reacios a todo cambio, vivían apegados a sus tradiciones, eran rutinarios y conservadores y sobre todo, a que en el estilo de su cultura estaba perfectamente grabada la voluntad de lo inmutable,<sup>12</sup> existen razones para pensar que cuando enfermaban creían que se debía más a causas externas que a sus propias fallas, que por otro lado no eran capaces de modificar. Vale la pena recordar que los primeros historiadores los pintaron como hombres de temperamento linfático, flemáticos, lentos en sus trabajos y de carácter grave, taciturno y melancólico.<sup>10</sup> En suma, aun sin haber tenido ningún contacto con el conquistador, la esencia, el ser del indígena, era algo que favorecía la presencia y perpetuación de la diarrea aguda, ya desde entonces.

Enrique Florescano ha dicho que la Conquista cayó sobre los indios como un cataclismo que dislocó las bases en que se asentaba su relación con el cosmos, con los dioses y con su acontecer temporal. Tras la caída de sus dioses (para algunos, su traición)<sup>12</sup> y el desquiciamiento del orden cósmico, vino la disrupción del orden humano, la conversión violenta de los señores de la tierra en servidores de los conquistadores y la alteración de sus costumbres, tradiciones y formas de vida. Así, bruscamente y por acción de la fuerza se les privó de identidad, cohesión y vitalidad. Los indígenas que quedaron con vida fueron desmembrados, desarticulados, desconectados del hilo de fuerza que hasta entonces incorporaba constantemente el pasado en el presente y proyectaba a este hacia el futuro. Sus reinos indígenas independientes fueron transforma-

dos en pequeñas comunidades campesinas llamadas Repúblicas de Indios, que desde 1529 fueron organizadas según el municipio español, con derechos comunales a la tierra, gobierno aparentemente propio y la obligación colectiva de pagar tributo y proporcionar mano de obra gratuita a los conquistadores. Con estas mal llamadas Repúblicas los indígenas fueron segregados étnica, jurídica y económicamente. Esto originó un grave problema de identidad social y cultural que llega hasta nuestros días.<sup>13</sup> La presencia del español enseñó a los indígenas la secuela de su avance: conquista, frailes, persecución de los hechiceros (incluidos los "médicos verdaderos"), extirpación de la idolatría, encomienda, servidumbre cuando no esclavitud y pérdida de la autonomía.

Si aceptamos que una cultura está condicionada por cierta estructura mental del hombre y además, por los accidentes de su historia, y si estamos de acuerdo en que dicha cultura se manifiesta con diversos modos de ser, me parece que ahora se entiende por qué pienso que todo aquello que permite la presencia de la diarrea aguda son manifestaciones de una cultura inacabada. La verdadera asimilación de la cultura demanda un esfuerzo continuo y sosegado y es por ello que el objetivo de este ensayo es construir una historia que nos ayude a encontrar otras causas del modo de ser que nos ocupa.

Samuel Ramos asegura que no nos tocó venir al mundo aislados de la civilización, que sin ser obra nuestra, se nos impuso, no por azar, sino por tener con ella una filiación espiritual. En consecuencia -continúa Ramos- es forzoso admitir que la única cultura posible entre nosotros tiene que ser derivada. Esta aseveración reafirma mi idea de que si aún ahora padecemos diarreas, seguramente tiene que ver con nuestra derivación histórica, que posee raíces precolombinas y arranca con la conquista española. Pedro Ramos escribe en su libro *El peso de la tradición en la explosión demográfica* lo siguiente: "La conquista española, y de ello no hay ninguna duda, rompió radical y abruptamente el equilibrio en que vivía el indígena mexicano. La sumisión al nuevo régimen en el que pasaba al último lugar, produjo cambios profundos en todos los órdenes de la vida social, así como en los aspectos material, psicológico y moral. La abulia, el decaimiento, la renunciación, fueron las nuevas actitudes".<sup>14</sup>

Todos los historiadores y los testigos que dejaron alguna nota, apoyan lo que arriba resumió Pedro Ramos. Desde su origen, la organización colonial deprimió el espíritu del mestizo. Los conquistadores primero y los dueños de la Nueva España después, explotaron sus nuevas posesiones por medio de ellos. Por lo tanto y aunque parezca simplista, el trabajo en América no tuvo el significado de un bien para liberarse de la necesidad, como existía en Europa, sino de un oprobio que se sufre en beneficio de los amos. La voluntad y la iniciativa de los mexicanos careció de oportunidades en qué ejercitarse. La riqueza no se obtenía mediante el trabajo, sino merced a un privilegio injusto para explotar a las clases de abajo. Muy escasos privilegiados podían educarse y alcanzar una

profesión liberal y la mejor oportunidad de vivir que tenían unos cuantos más, era la burocracia. Así, el pueblo se fue haciendo, de generación en generación, perezoso y resignado a la pobreza, de la cual no tenía ninguna esperanza de salir.<sup>12</sup>

Después de la conquista, el indígena común y corriente quedó aprisionado en la cárcel doblemente amurallada de su derrota y sus ensueños, de su dolor y de su magia. Su voz ya no se expresó en palabras, su querer tampoco se manifestó en actos. Con su derrota se tornó mudo e inmóvil. El mexicano de entonces se convierte en el subconsciente de una sociedad entera que se consolidará con el paso de los siglos,<sup>15</sup> hasta llegar al mexicano de Caso y Vasconcelos, pero sobre todo de Ramos, Paz, Carrión, Villegas, Florescano, Zea, O'Gorman y Uranga; y digo sobre todo, porque Caso y Vasconcelos fueron utopistas y al ocuparse del mexicano, lo hicieron pensando en lo que deberíamos ser y poco en lo que somos. En cambio, los demás estudiosos se han ocupado del mexicano como es. No pienso cansarlos repitiendo lo que ellos han dicho; sólo insistiré en que desde mi punto de vista, la diarrea aguda es una manifestación más, un modo de ser más que se deriva de lo que somos. Somos una cultura joven que está condicionada por una estructura mental derivada de los accidentes o circunstancias de nuestra historia indígena, conquistataria, colonial, independiente y últimamente, revolucionaria, con las cuales tenemos una gran filiación espiritual.

Somos un pueblo -y vale la pena aclarar que no hablo de individuos ni de grupos privilegiados- que tiene una idea deprimente de su valía, no porque no valga, sino porque se estima a sí mismo de acuerdo a una escala de valores que no le corresponde. De este sentimiento surgen una serie de fenómenos psicológicos que desembocan en una verdadera falta de voluntad para cambiar nuestra circunstancia, aun cuando nos damos cuenta que es defectuosa. Al tener una escala axiológica diferente a la que nos corresponde por temperamento, hemos tratado y seguimos tratando de vivir como los europeos y más recientemente, como los ciudadanos de arriba del río Bravo. Casi todas nuestras ideologías: escolástica, ilustración, liberalismo, positivismo, socialismo y otras, no son más que el resultado de querer vivir como europeos; son máscaras que ocultan nuestra soledad, nuestra originalidad.<sup>5</sup> El pueblo mexicano es indiferente, carece de iniciativa dinámica, espera todo del gobierno, pero a la vez no le tiene fe. Somos un pueblo que por todo lo anterior y más, no sabe cuidar su salud aun cuando sean buenas las condiciones de vida y saneamiento y por ello padece diarrea aguda con frecuencia.

Pero esta lucha de casi cinco siglos empieza a dar sus frutos. En su libro *Conciencia y posibilidad del mexicano*, el notable pensador latinoamericanista Leopoldo Zea, refrendando la tesis de José Moreno Villa, hace notar un cambio en nuestra conciencia: de un sentimiento de inferioridad a otro de superioridad, de un agudo pesimismo y degradación de lo propio a un optimismo y valoración de lo mexicano.<sup>17</sup> Ello se ha debido, sin lugar a duda, a

nuestra revolución de 1910, concebida como una ruptura y una recreación política, social, artística e intelectual. "La Revolución Mexicana -según Alfonso Reyes-, brotó de un impulso más que de una idea y aun cuando podrían reconocérsele antecedentes extremos, fue exclusivamente mexicana, porque obedeció a imperativos de su propia realidad, que se impuso a sí misma con toda violencia... Antes de ella ni estábamos en el Olimpo, ni estábamos en la Tierra, sino colgados de una cesta como el Sócrates de Aristófanes".<sup>16</sup>

Es incuestionable que el verdadero mexicano empezó a emerger con nuestra originalísima Revolución. A lo crudo y negativo que nos caracteriza y nos impide, entre otras cosas, cuidar nuestra salud, se agrega, a partir de 1910, un orgullo por ser hombres universales con espíritu auténticamente mexicano, sentimiento que nos permitirá, más temprano que tarde, finiquitar esta cultura inacabada que es la historia interminable de nuestras diarreas.

## Referencias

1. Martínez Cortés F. (Coord. gral). Historia general de la medicina en México. México: Academia Nacional de Medicina, 1984: tomo 1: 178.
2. Instituto Mexicano del Seguro Social. Departamento de Medicina Preventiva. Informe estadístico anual 1986. México, 1987.
3. Bulman F. Bol Cienc Méd (Méx) 1911-1912, 2.
4. Gutiérrez G, Guiscafré H, Bronfman M, Martínez C, Padilla G, Muñoz O. Estrategias para mejorar los patrones terapéuticos utilizados en diarrea aguda en unidades de atención médica primaria. I. Metodología y características de las unidades médicas y de la población estudiada. Arch Invest Med Mex 1988; 19: 335.
5. Paz O. El laberinto de la soledad. México: Fondo de Cultura Económica, 1967: 102.
6. Paz O. Los signos en rotación. Madrid: Alianza Editorial, 1971: 48.
7. López Austin A. Cuerpo humano e ideología. Las concepciones de los antiguos nahuas. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1980: 68, 70, 272, 300, 318.
8. Anzures y Bolaños MC. La medicina tradicional en México. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1983: 27.
9. López Austin A. Textos de medicina náhuatl. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1984: 32.
10. Flores y Troncoso FA. Historia de la medicina en México. México: Instituto Mexicano del Seguro Social, 1982: 442, 426, 446.
11. Viesca Treviño C. Epidemiología entre los mexicas. En: Historia general de la medicina en México. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1984: tomo 1: 186, 187.
12. Ramos S. El perfil del hombre y la cultura en México. México: Espasa-Calpe, 1988: 22, 35, 36, 85.
13. Florescano E. Memoria mexicana. Contrapuntos. México: Joaquín Mortiz, 1987: 146, 147, 151, 159.
14. Ramos P. El peso de la tradición en la explosión demográfica. México: Pax-México, 1977: 7.
15. Carrión J. Mito y magia del mexicano y un ensayo de autocritica. México: Nuestro Tiempo, 1970: 10.
16. Villegas A. La filosofía de lo mexicano. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1988: 19, 20, 135.
17. Zea L. Conciencia y posibilidad del mexicano. México: Editorial Porrúa, S. A. (col. Sepan cuántos No. 269) 1975: 5.